



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 17.

JUEVES 23 DE JUNIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

SAVONAROLA, por Nicolás Castor de Caunedo.—ENTREMES DE LOS DOS HABLADORES, por Cervantes.—ECONOMÍA POLÍTICA: del pauperismo. (Conclusion), por Augusto Jerez Perchet.—CARLOS I DE INGLATERRA.—MONUMENTOS DEL ASIA.

SAVONAROLA.

...Al recorrer el viajero la hermosa ciudad toscana, que debe su poético nombre á las flores que matizan su suelo, encuentra en la histórica plaza del *Gran Duque*, entre otros muchos recuerdos la fuente de *Ammanato* (1), que ostenta una estatua colosal de Neptuno. Este monumento se alza en el mismo espacio donde hace tres siglos se encendió la pira en que fue sacrificado por sacerdotes fanáticos y corrompidos, aquel cuyo nombre sirve de epigrafe á estas líneas, uno de los mas ilustres mártires de la emancipacion y del progreso del género humano.

Consagraremos aquí una breve memoria á aquel hombre tan extraordinario, como desventurado y mal comprendido. Gerónimo Savonarola nació en Ferrara, el 21 de setiembre de 1452, y tuvo por padres á Nicolás Savonarola y Elena Buonaconi (2). Desde sus mas tiernos años se notó en él un carácter grave, un exterior austero, y apenas tuvo edad para manifestar una voluntad, mostró su firme propósito de consagrarse á la vida ascética. Con este fin estudió con sostenida aplicacion la fi-

(1) Este es el nombre del escultor que construyó la fuente.

(2) La familia de Gerónimo Savonarola era noble, pues que su abuelo Juan Miguel Savonarola, nacido en Padua, célebre escritor y profesor de medicina en Ferrara, habia sido caballero de San Juan de Jerusalem.

lososía y la teología, leyendo y meditando con avidez las obras de Santo Tomás, y no concediendo otra tregua á sus piadosas tareas que haciendo versos.

Era tan agradable esta ocupacion al jóven escolar, que él mismo se la prohibió muy en breve, repreniéndose, sentir tanto afán por una distraccion frívola y mundana. Contaba veinte y dos años y soñó una noche que se hallaba desnudo en el campo y que caía sobre su cuerpo agua helada. Fue tal la impresion que le despertó, que en el instante resolvió dedicarse á Dios, habiendo aquella lluvia benéfica segun aseguraba, apagado para siempre las pasiones en su corazon. Esta fue la primera de las visiones, que despues le fueron tan frecuentes y familiares. Al dia siguiente, 4 de abril de 1475, sin hacer confianza alguna á sus parientes ni amigos, huyó á Bolonia y vistió el hábito de Santo Domingo. Habia ya pasado algun tiempo, cuando se encendió la guerra entre Ferrara y Venecia, y los dominicos boloneses resolvieron aliviar su convento de bocas inútiles. Fray Gerónimo Savonarola, cuyo genio no se habia rebelado todavía, fue comprendido en el número de los desterrados. Vínose, pues, á Florencia, y encontró ocasion de predicar durante toda la Cuaresma en la iglesia de San Lorenzo; mas careciendo de práctica, no alcanzó ni por la accion, ni por la elocuencia, mas que un éxito mediano. Dudó él mismo por entonces de la mision á que se creía llamado, y resolvió concretarse á la esplicacion de la Escritura Sagrada. Retiróse, pues, á un convento de Lombardía, donde contaba permanecer todo el resto de su vida; pero hubo de obedecer al gran duque de Toscana Lorenzo de Médicis, que le llamó á Florencia.

El jóven Pico de la Mirandola habia seguido las predicaciones de fray Gerónimo, y en medio de la cortedad de la alocucion, habia reconocido el acento del inspirado, y la sombría y profunda mirada del hombre de genio. Ade-

mas, Savonarola habia progresado inmensamente; pues ocupara todo el tiempo de su permanencia en Lombardía en estudios de oratoria, y al regresar á Florencia comenzaba á creer de nuevo que Dios le habia designado para hablar á los pueblos por su boca. Sus primeros ensayos le confirmaron en aquella creencia. Además, la época era la mas propia para erigirse en profeta: la Italia estaba cubierta de facciones y la Iglesia de escándalos. Inocencio VIII ocupaba á la sazón la Santa Sede, y sus diez y seis hijos le habian adquirido el sobrenombre burlesco de *padre de su pueblo*. Asi Savonarola tomó por texto de sus discursos estas tres proposiciones.

- 1.^a Que debía renovarse la Iglesia.
- 2.^a Que la Italia seria azotada con varas.
- 3.^a Que estos acontecimientos, se verificarían antes de la muerte del que los anunciaba.

Esta muerte acontecería antes de terminar el siglo, y como corria el año 1490, estas profecías hicieron tanta mas impresion, cuanto su cumplimiento era muy próximo, y que Savonarola, como aquel hombre que daba la vuelta por los muros de Jerusalem, despues de haber comenzado por gritar: ¡Infelices de los demás! terminaba por gritar: ¡Infeliz de mí mismo!

Lutero realizó la primera de las predicciones. Alejandro de Médicis la segunda. Y Rodrigo Borgia la tercera. Los sermones de Savonarola produjeron tal efecto, y atrajeron tal muchedumbre de fieles, que aun cuando se le concediera el *Domo* como la mas capaz de las iglesias de Florencia, era un recinto muy estrecho para contenerla. Fue, pues, necesario separar los hombres de las mujeres y los niños, y reservar para cada uno de ellos un dia particular. Además, tantas veces como Savonarola iba desde su convento al *Domo* y volvía desde el *Domo* á su convento, era indispensable escoltarle con fuerza armada. Las calles del pueblo porque debia pasar, estaban ates-

tadas de hombres del pueblo que le miraban como un santo, y que querían besar sus vestiduras.

Esta popularidad hizo fuese elegido en 1490, prior de San Marcos, y entonces dió una nueva muestra de su inflexible carácter. Había la costumbre de que todos los que eran promovidos á prelados de las comunidades religiosas fuesen á presentar sus respetuosos homenajes á Lorenzo de Médicis, llamado el Magnífico, como cabeza de la señoría (1) y le suplicasen les concediese su protección. Savonarola, que no reconocía mas jefes de la república que los que ella misma había elegido, rehusó verificar este acto de infeudación con un poder que miraba como usurpado.

En vano le instaron sus amigos para que se sujetase al uso establecido; en vano el *Magnífico* hizo saber sería recibido con placer: el austero dominicano respondió siempre, que él era prior de Dios y no de Lorenzo, y que éste no esperase de él mas que el último ciudadano. Comprendese bien que tal respuesta hirió mucho al orgulloso Médicis: era la única oposición que había encontrado en Florencia desde la conjuración de los Páris. Así habiendo escitado algunos desórdenes, las exaltadas predicaciones de Savonarola, utilizó Lorenzo esta ocasión para hacer decir al religioso, por cinco ciudadanos notables, que suspendiese sus sermones, ó al menos que moderase algún tanto su fogosidad. La respuesta de Savonarola fue un discurso que terminó anunciando al pueblo la cercana muerte de Lorenzo de Médicis. La profecía se cumplió diez y ocho meses después, es decir, el 9 de abril de 1492. Sucedió entonces, que hallándose el *Magnífico* en su lecho de muerte, recordó al prior de San Marcos teniéndole por inspirado, pues que había anunciado las cosas que ocurrían y no quiso recibir la absolución sino de él. Envióle, pues, á buscar, y aquella vez Savonarola, fiel á su promesa, acudió en auxilio del moribundo, como hubiera hecho con el último ciudadano.

Lorenzo se confesó. Pesaban sobre su conciencia muchos crímenes ocultos y desconocidos, de esos crímenes que cometen los poderosos, que quieren á toda costa conservar el poder. Empero por enormes que fuesen, Savonarola le prometió el perdón de Dios con tres condiciones. El moribundo, que no confiaba verse libre á tan poca costa, le preguntó cuáles eran aquellas tres condiciones.

—La primera, dijo el dominico, es, que tengais una fe viva é inalterable en Dios.

—La tengo, respondió Lorenzo.

—La segunda, que restituyais en cuanto sea posible los bienes mal adquiridos.

Reflexionó un instante el Magnífico; después, haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo:

—Está bien, restituiré.

—Por último, la tercera es, que volvais á Florencia la libertad.

—Oh, en cuanto á esto, dijo el agonizante, mejor quiero condenarme.

Volviendo entonces la espalda á Savonarola, Lorenzo no pronunció ya una palabra: espiró en el mismo día (2). Y como su muerte, dice Maquiavelo, debía ser la señal de grandes calamidades, permitió Dios que fuese acompañada de presagios terribles.

El Domo de Florencia fue herido por el rayo y el malvado Rodrigo Borgia, elegido papa. La tempestad predicha por Savonarola se iba acercando. Carlos VIII de Francia, aparecía en el horizonte, marchando hácia su reino de Nápoles, amenazando pasar él y su cólera sobre Florencia. El demócrata dominico fue diputado para salir al encuentro del ejército ultramontano.

Fiel á su misión, habló al rey, no como

embajador sino como profeta. Predijole, pues, la victoria y las gracias de Dios si restituía la libertad á Florencia, y los reveses y la enemistad del Señor si la dejaba bajo el yugo. Carlos no vió en Savonarola mas que un buen religioso que se ocupaba de política, es decir, de materias que no entendía. Pasó, pues, sin atender á sus palabras, y no dejó la ciudad sublevada, sino después de haber exigido el alzamiento del secuestro puesto á los bienes de los Médicis, y la anulación del decreto de la señoría que ponía precio á su cabeza. Antes de un año la nueva predicción del inspirado religioso, se había cumplido.—Las victorias se trocaron en reveses, y Carlos VIII se vió obligado á abrirse con la espada en la mano, por la batalla de Taro, un camino sangriento para retirarse á Francia. Todo era hasta aquí favorable á Savonarola, y los acontecimientos parecían estar subordinados á su genio. Así su influencia en la república se acrecentó inmensamente después de Pedro de Médicis.

Recibió entonces de la señoría la misión de formular una nueva forma de gobierno. Savonarola, libre entonces de dar rienda suelta á sus ideas republicanas, estableció su sistema sobre la base mas ancha y popular que se había presentado nunca á Florencia. El derecho de conceder los empleos y los honores debía residir en un gran consejo compuesto de todo el pueblo: mas como éste no podía ser colocado en masa á cada instante y por cada asunto que reclamase su examen y aprobación, debía delegar su autoridad á cierto número de ciudadanos que eligiese. Para reunir aquella asamblea de elegidos, debió Savonarola construir el *Palacio Viejo*, por su amigo Crowada, y aquella famosa sala del consejo, en la que podían cómodamente estar reunidos hasta mil ciudadanos. No fue esto solo; después de la parte material de la libertad, si puede llamarse así, era necesario ocuparse de la parte moral, es decir, de las costumbres y las virtudes, sin las que no puede sustentarse.

Los Médicis habían derramado el oro á manos llenas; el oro había producido el lujo, y el lujo los placeres.

Florencia no era una república austera donde la economía pública y privada permitiese al gobierno mandar construir á la vez como en otros días, un nuevo recinto de fortificaciones, una soberbia catedral, un suntuoso palacio y un granero público, donde pudiese encerrarse el trigo de todo un año. Florencia se había hecho muelle y voluptuosa; Florencia tenía sabios, poetas exóticos, pinturas y estatuas obscenas. Era necesario llevar el hierro y el fuego á todo esto: era necesario volver á los florentinos á la sencillez primitiva: era necesario destruir á Atenas y con sus restos reedificar á Esparta. Savonarola escogió la época santa de la Cuaresma para clamar contra aquellas tendencias mundanas, para lanzar el anatema sobre todas aquellas perniciosas superfluidades. Su palabra tuvo su poder acostumbrado. A su voz apresuráronse todos á amontonar en las plazas públicas, cuadros, estatuas, libros, joyas, vestidos de brocado. Entonces el misionero, seguido de una multitud de mujeres y niños, que entonaban cánticos sagrados, salió de la catedral con una antorcha en la mano, y fue encendiendo todas aquellas hogueras, renovadas todos los días, y todos los días devoradas.

En una de estas cierto famoso pintor llamado fray Bartolomeo, fué á arrojar sus pinceles exóticos y sus cuadros profanos, que hasta entonces habían apartado su genio del camino del cielo. Convertido á Dios, fray Bartolomeo, juró no ocuparse en adelante sino de asuntos místicos; y cumplió su juramento. Sin embargo, Savonarola después de haber triunfado hasta aquel día, iba por último á luchar cuerpo á cuerpo con el coloso contra el que debía hacerse pedazos. Había ascendido al trono pontificio el malvado Alejandro VI, y había llevado á él los desórdenes y escándolos de su vida privada. Cuanto mas alto bajaba el ejemplo de la impiedad y de la lujuria, tanto mas abomina-

ble era. Savonarola no vaciló un instante en atacar la corte de Roma con la misma vehemencia con que hubiese atacado la de Francia ó de Inglaterra. Alejandro VI creyó contestar eficazmente á aquellos ataques fulminando una bula, en la que declaraba hereje al fervoroso orador y le prohibía la predicación. Savonarola eludió esta prohibición haciendo predicar en su lugar á su discípulo Domingo Bombicini, de Pescia. Empero cansándose en breve del silencio, declaró sobre la autoridad del papa Pelagio, que una excomunión injusta carecía de eficacia, y que el que había incurrido en aquella, no tenía ni aun necesidad de hacerse absolver. En su consecuencia, el día de Navidad de 1497, declaró en el púlpito que el Señor le inspiraba la voluntad de sacudir la obediencia, en vista de la corrupción é indignidad del papa; y continuó sus sermones, ó mas bien sus ataques, con mas fuerza libertad y entusiasmo que nunca. Entonces hubo un momento en que para el pueblo de Florencia Savonarola no fué un hombre, sino un Mesías, un segundo Cristo, un semi-Dios. Pero en medio de toda aquella multitud que se arrojaba ante él, se veía á Savonarola triste, meditabundo y con la cabeza inclinada, porque conocía que su caída estaba cercana, y nada le había revelado aun que hubiera nacido Lutero. Respondió el pontífice á aquella rebelión con un breve, que declaraba á la señoría de Florencia que si no privaba de la palabra al prior de los dominicos, todos los bienes de los mercaderes florentinos situados en los Estados de la Iglesia serían secuestrados, puesta la república en entredicho, y declarada enemiga temporal y espiritual de la Iglesia.

La señoría que veía acrecentarse el poder pontifical en la Romaña, y que sentía al terrible César Borgia á sus puertas, no se atrevió á desobedecer, y desde luego intimó á Savonarola, cesase en sus predicaciones. El dominico no podía resistir; además, la resistencia hubiera sido una infracción de las leyes que él mismo había consentido. Despidióse, pues, de su auditorio en un sermón que anunció debería ser el postrero. Al mismo tiempo se anunció que otro predicador famoso había llegado en nombre del papa para reemplazar á fray Gerónimo Savonarola, y combatir la palabra impía con la palabra santa.

(Se continuará).

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

ENTREMES DE LOS DOS HABLADORES.

HABLAN EN ÉL UN PROCURADOR, UN ALGUACIL, UN ESCRIBANO, UN CORCHETE, SARMIENTO, DOÑA BEATRIZ SU MUJER, HABLADORA, INÉS SU CRIADA, Y ROLDAN, HABLADOR.

Salen el Procurador, Sarmiento y Roldan en hábito roto, cuera, espada y calcillas.

SARMIENTO.

Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

PROCURADOR.

Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

ROLDAN.

¡Ah caballero! ¿es usted procurador?

PROCURADOR.

Sí soy, ¿qué manda usted?

ROLDAN.

¿Qué dinero es ese?

(1) Se llamaba el Senado ó Asamblea, donde residía el poder supremo.

(2) Había nacido en 1448, y sucedido á su padre Pedro de Médicis, en el gobierno de la república florentina en 1469. Fue Lorenzo el *Magnífico* gran hombre de estado, hábil político y amante de las letras. Protegió especialmente á Miguel Ángel, Granani y Torrejani, y fueron sus mas queridos amigos sus condiscípulos Pico de la Mirandola y Angel Palladiano.

PROCURADOR.

Dámele este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

ROLDAN.

¿Y cuánto es el dinero?

PROCURADOR.

Doscientos ducados.

ROLDAN.

Vaya usted con Dios.

PROCURADOR.

Dios guarde á usted.

(Vase.)

ROLDAN.

¡Ah, caballero!

SARMIENTO.

¿A mí, gentil-hombre?

ROLDAN.

A usted digo.

SARMIENTO.

¿Y qué es lo que manda?

ROLDAN.

Cúbrase usted, que si no, no hablaré palabra.

SARMIENTO.

Ya estoy cubierto.

ROLDAN.

Señor mío: yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra: tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me de una á donde fuere servido; que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

SARMIENTO.

Si no estuviera tan molino me obligara á reir. ¿Usted dícelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

ROLDAN.

Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de herege? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada, que en la cara de un herege?

SARMIENTO.

Usted no debe de ser muy leido: que el proverbio latino no dice, sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

ROLDAN.

Dice muy bien usted, porque la ley fue inventada para la quietud, y la razon es el alma de la ley; y quien tiene alma, tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: usted tiene muy buen entendimiento; porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter, aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

SARMIENTO.

¡Por el diablo que acá me trajo, esto es lo que yo habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

ROLDAN.

¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fue la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entonces no habia cuchillos: cuchillada fue la que dió Alejandro Magno á la reina Patasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde

don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaíferos entre Cavañas y Olías; pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al rey: la alevosía contra los iguales: por las armas lo han de ser: y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su filosofía de la espada, y Terencio en la conjuración de Catilina.

SARMIENTO.

Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio: ¿No echa de ver que me dice bernardinás? (1)

ROLDAN.

¿Bernardinás dijo usted? y dijo muy bien, porque es muy lindo nombre; y una mujer que se llamase Bernardina, estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser: que las Franciscas tienen cuatro eses: la F es una de las letras del A. B. C.: las letras del A. B. C. son veintitres, la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos la caca, que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes: no se ha de tomar en ayunas, ni aguado; porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro; y entrando puros.

SARMIENTO.

Téngase que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLDAN.

Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua á Roma vá: yo he estado en Roma y en la Mancha, en Transilvania, y en la Puebla de Montalvan: Montalvan era un castillo, de donde era señor Reinaldos: Reinaldos era uno de los doce Pares de Francia, y de los que comian con el emperador Carlo Magno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada: en Valladolid hay una placeti-lla, que llaman el ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia, y hay escudos...

SARMIENTO.

Dios me la dé para sufrille: téngase, que me lleva perdido.

ROLDAN.

Perdido dijo usted y dijo muy bien; porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

SARMIENTO.

Acabe con el diablo.

ROLDAN.

¿Diablo dijo usted? y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne: la carne no es pescado: el pescado es flemoso: los flemáticos no son coléricos: de cuatro elementos está compuesto el hombre, de cólera, sangre, flema y melancolía: la melancolía no es alegría; porque la alegría consiste en tener dineros: los dineros hacen á los hombres: los hombres no son bestias: las bestias pacen; y finalmente...

SARMIENTO.

Y finalmente me quitará usted el juicio, ó poco podrá: pero le suplico en cortesía que me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

(1) Embustes, mentiras, embrollos.

ROLDAN.

¿Qué manda usted?

SARMIENTO.

Señor mío: yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo: es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito: á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis dias á reo (1), me la pondria de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que há muchos dias que lo son. Véngase usted conmigo, suplícoselo: que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

ROLDAN.

¿Primo dijo usted? ¡oh qué bien que dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre: primo á un zapatero de obra prima: prima es una cuerda de una guitarra: la guitarra se compone de cinco órdenes: las órdenes mendigantes son cuatro: cuatro son los que no llegan á cinco: con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de comun; como se vió en don Diego Ordóñez, y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey don Sancho...

SARMIENTO.

Téngase por Dios, y véngase conmigo, que allá dirá lo demás.

ROLDAN.

Camine delante usted, que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra, porque la piedra...

SARMIENTO.

No le oiré palabra.

ROLDAN.

Pues camine, que yo le curaré á su mujer.

(Vase Sarmiento y Roldan, y sale doña Beatriz é Inés su criada.)

BEATRIZ.

¡Inés! ¡hola, Inés! ¿qué digo? ¡Inés, Inés!

INÉS.

Ya oigo, señora, señora, señora.

BEATRIZ.

Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS.

Vuestra merced, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

BEATRIZ.

Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden estender doscientos mil, añadiéndole ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos.

INÉS.

Señora, ya lo tengo entendido: dígame vuestra merced qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

BEATRIZ.

Y la prosa es para que traigas la mesa, para que coma vuestro amo: que ya sabéis que anda mohino; y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

(1) De seguida, ó seguidos.

INÉS.

¿Pues hay mas de sacar la mesa? Voy volando.

Salen Sarmiento y Roldan.

SARMIENTO.

Hola, ¿no está nadie en esta casa? Doña Beatriz, hola.

BEATRIZ.

Aquí estoy, señor. ¿De qué venís dando voces?

SARMIENTO.

Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mio convidado: acarícialde y regalalde mucho, que vá á pretender á la corte.

BEATRIZ.

Si vuestra merced vá á la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tu encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería; y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la accion consiste...



Ultimos momentos de Carlos I de Inglaterra.

ROLDAN.

Quedo, quedo: suplico á vuestra merced, que bien sé que consiste en la disposicion de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos: los sentidos son cinco, andar, tocar, correr y pensar, y no estorbar: toda persona que estorbare es ignorante; y la ignorancia consiste en no caer en las cosas: quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas: las pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores, y la de Pentecostés: Pentecostés es un vocablo esquisito.

BEATRIZ.

¿Cómo esquisito? Mal sabe vuestra merced de esquisitos: toda cosa esquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira: la admiracion nace de cosas altas: la mas alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza: la

mas baja es la malicia, porque todos caen en ella: el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas, el principio, el aumento y la declinacion.

ROLDAN.

Declinacion dijo vuestra merced y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre; y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la santa madre iglesia; y la razon de esto es...

BEATRIZ.

Paso, paso: ¿qué es esto marido? ¿Teneis juicio? ¿Qué hombre es este que habeis traído á mi casa?

SARMIENTO.

Por Dios que me huelgo, que he hallado con

qué desquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos: que el señor Roldan ha de ser huésped mio seis ó siete años.

BEATRIZ.

¿Siete años? Malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

SARMIENTO.

El era harto mejor para serlo vuestro. Hola, dad acá la comida.

INÉS.

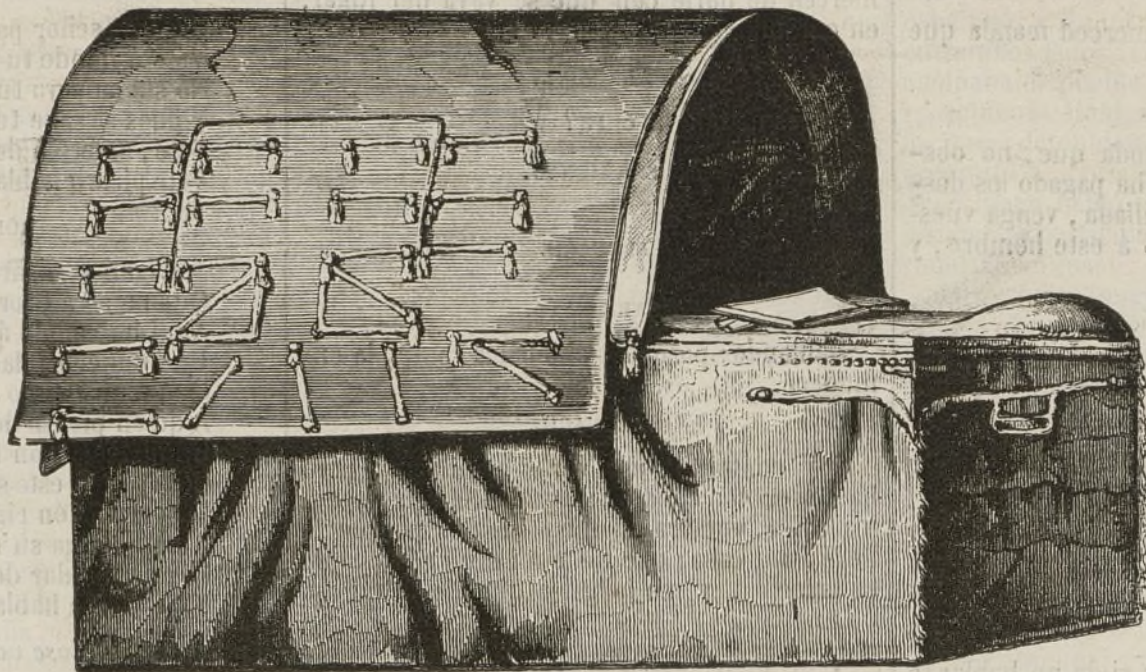
¿Convidados tenemos? aquí está la mesa.

ROLDAN.

¿Quién es esta señora?

SARMIENTO.

Es criada de casa.



ANTIGÜEDADES.—Litera del emperador Carlos V.

ROLDAN.

Una criada que se llama en Valencia fadri-na, en Italia masara, en Francia gazpirria, en Alemania filimoquia, en la Corte sirvienta, en Vizcaya moscorra, y entre pícaros daifa. Ven-ga la comida alegremente: que quiero que vue-sas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

BEATRIZ.

Aquí no hay que hacer, sino perder el jui-cio, marido: que reviento por hablar.

ROLDAN.

¿Hablar dijo vuestra merced? Dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; estos se forman en el entendimiento; quien no entiende no siente: quien no siente no vive: el que no vive es muerto: un muerto echalle en un huerto.

BEATRIZ.

¿Marido, marido?

SARMIENTO.

¿Qué quereis mujer?

BEATRIZ.

Echadme de aquí este hombre con los diablos: que reviento por hablar.

SARMIENTO.

Mujer, tened paciencia; que hasta cumpli-dos los dichos siete años no puede salir de aquí: porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

BEATRIZ.

¿Siete años? ¿Primero veré yo mi muerte! ¡Ay, ay, ay!

INES.

Desmayóse. ¿Esto quiere ver vuestra mer-ced delante de sus ojos? Véla ahí muerta.

ROLDAN.

Jesús, ¿de qué le ha dado este mal?

SARMIENTO.

De no hablar.

(Dentro la justicia.)

ALGUACIL.

Abran aquí á la justicia, abran á la jus-ticia.

ROLDAN.

¡La justicia! ¡Ay triste de mí! que yo ando huido, y si me conocen me han de llevar á la cárcel.

SARMIENTO.

Pues señor, el remedio es meterse en esta estera vuestra merced: que las habian quitado para limpiarlas; y así se podrá librar: que yo no hallo otro.

Métese en la estera Roldan, y salen Alguacil, Escribano y Corchete.

ALGUACIL.

¿Era para hoy el abrir esta puerta?



MONUMENTOS DEL ASIA.—Imambara y puerta de Constantinopla.

SARMIENTO.

¿Qué es lo que vuestra merced manda que tan furioso viene?

ALGUACIL.

El señor gobernador manda que, no obstante que vuestra merced ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga vuestra merced á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.

SARMIENTO.

Querria comer agora.

ESCRIBANO.

El hombre está aquí junto; y luego se verá vuestra merced á comer despacio.

SARMIENTO.

Vamos en buen hora.

INÉS.

Vuelve en tí señora: que si de no hablar te has desmayado, agora que estás sola hablarás cuanto quisieres.

BEATRIZ.

Gracias á Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

(Saque Roldan la cabeza de entre la estera y mirando á Beatriz diga:)

ROLDAN.

¿Silencio dijo vuestra merced? y dijo muy bien: porque el silencio fue siempre alabado de los sabios; y los sabios callan á tiempos, y hablan á tiempos; porque hay tiempos de hablar, y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete; porque...

BEATRIZ.

Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

Vuelven á salir todos.

SARMIENTO.

Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestras mercedes beban con una caja. Hola, dad acá la cantimplora y aquella perada.

BEATRIZ.

¿Agora nos meteís en eso? ¿No veís que estamos ocupados sacudiendo estas esteras? Muestra el palo, y tú con esotro démoslas hasta que queden limpias.

ROLDAN.

Paso, paso, señoras: que bien entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de mano.

ALGUACIL.

Oiga, ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

ESCRIBANO.

El mismo.

ALGUACIL.

Sed preso, sed preso.

ROLDAN.

¿Preso dijo vuestra merced? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

ALGUACIL.

Que no, no, aquí no ha de valer la habladora: vive Dios que habeis de ir á la cárcel.

SARMIENTO.

Señor alguacil, suplico á vuestra merced que por haberse hallado en mi casa, esta vez

no se le lleve: que doy palabra á vuestra merced de darle con que se vaya del lugar, en curándome á mi mujer.

ALGUACIL.

¿Pues de qué la cura?

SARMIENTO.

Del hablar.

ALGUACIL.

¿Y cómo?

SARMIENTO.

Hablando: porque como habla tanto, la enmudece.

ALGUACIL.

Soy contento, por ver ese milagro; pero ha de ser con condicion, que si la diere sana, me avise vuestra merced luego; porque le lleve á mi casa: que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaria que me la curase de una vez.

SARMIENTO.

Yo avisaré con lo que hubiere.

ROLDAN.

Yo sé que la dejaré bien curada.

ALGUACIL.

Véte pícaro hablador.

SARMIENTO.

No me desagrada el verso.

ALGUACIL.

Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna vena de poesía.

ROLDAN.

¿Oiga: poesía ha dicho vuestra merced? Pues repare, que por Dios que la ha de llevar de puño.

(Hácese la salva, y van diciendo las glosas.)

ALGUACIL.

La condicion del hablar,
Mas parece tentacion
De quien nos suele tentar;
Ni puede ser condicion
En hombre que es muladar.
Parte á servir de atambor
Con esa lengua, embaidor;
Y pues que con mayor ruido
Suenas á un discreto oido,
Véte pícaro hablador.

ESCRIBANO.

Despues de muerto sé yo
Que ha de ponerse en lugar
De epitafio: aquí murió
Quien muerto no ha de callar
Tanto como vivo habló.

INÉS.

Esa quiero yo acabar.

ESCRIBANO.

Diga, veamos:

INÉS.

Y pues de hablar el rigor
A un muerto pone temor,
A un monte, donde á ninguno
Seas hablando importuno,
Véte pícaro hablador.

SARMIENTO.

Va la mia:

O tú que hablaste por veinte,
Y hablaste por veinte mil.

BEATRIZ.

Yo la acabaré, detente:

ROLDAN.

Por hablar; traza sutil.

BEATRIZ.

Repáre, señor pariente,
Véte á donde tu rumor
No suene para tu mengua;
Y pues se sabe tu flor,
Véte, enfermo de la lengua,
Véte pícaro hablador.

ROLDAN.

Oigan y reparen vuestras mercedes
Que no será peor la mia:
Aquí he venido á curar
Una mujer habladora
Que nunca supo callar,
A quien pienso desde agora
Enmudecer con hablar.
Convídame este señor,
Y comeré con rigor,
Aunque diga su mujer,
Por no me dar de comer,
Véte pícaro hablador.

(Entranse dándose vaya, con que se da fin.)

CERVANTES.

ECONOMÍA POLÍTICA.

DEL PAUPERISMO.

(CONCLUSION.)

Sin embargo, como no es posible proscribir el matrimonio, sería conveniente impedirlo en parte con ciertas restricciones; tales como no permitir se celebre, sino entre personas de determinada edad, y solo con el consentimiento de los padres.

Si la fortuna en su marcha caprichosa negó sus dulces favores á infinidad de seres, que presa de la miseria gimen olvidados careciendo aun de lo necesario para vivir, mientras gozan de su opulencia otros individuos mas dichosos, existe en el corazon del hombre un sentimiento bienhechor, que le impele á favorecer á sus semejantes; sentimiento divino, como Dios, de quien procede, y como Dios, grande.

Tal es la caridad; fuente inagotable de piadosos consuelos; manantial precioso, rico tesoro del cristianismo, que surgiendo del alma, hace al hombre tender protectora mano al desvalido, y enjugar compasivo sus lágrimas dolorosas.

Los gobiernos, dando ejemplo de caridad, han establecido grandes asilos, que disminuyen el número de indigentes; y estos asilos son las casas de beneficencia.

Verdad es que tienen varias contras, tales como limitar sus beneficios á ciertos casos determinados y costar al gobierno enormes cantidades; pero en cambio, encuentran los pobres un seguro refugio en estos establecimientos, que por otra parte escitan la caridad.

Las limosnas particulares son un alivio para los mendigos, pero deben repartirse con prudencia, y entre personas necesitadas en realidad; porque si se prodigan indistintamente, es muy fácil dejar de socorrer al verdadero necesitado, dando en cambio limosnas á los vagabundos ó viciosos, que confiados en la caridad, se entregan al vicio mientras gimen olvidado el infeliz, que por causas ajenas á su voluntad sufre los rigores de la pobreza ó las enfermedades.

El hombre filántropo, el verdadero caritativo, debe buscar cuidadosamente á las personas necesitadas para ofrecerle sus limosnas, que de otro modo serian repartidas entre individuos indignos de recibirlas.

Si bien es cierto que el establecimiento de casas de beneficencia por cuenta del Estado aminora, lo mismo que la limosna particular, el número de indigentes, hay un medio mas eficaz, y que practicado en Francia ha producido admirables resultados, consiguiéndose la desaparicion completa de infinitos mendigos,

y consiste en la edificación de obras públicas, por cuenta de los ricos particulares; de este modo, teniendo cabida en dichas construcciones multitud de trabajadores desocupados se arrancaría de la miseria gran número de familias, cultivándose además la imaginación del obrero, que podía embrutecerse ó por lo menos debilitarse, viviendo sin hacer nada.

A esto se dirá tal vez, que llegaría un tiempo en que terminando las obras volvieran los obreros á su miserable estado. Es cierto; pero mientras durase el trabajo, podrían formar quizá un pequeño ahorro ó capital, buscando también colocación para cuando terminase la presente.

Las casas de beneficencia, las limosnas particulares y la construcción de obras públicas, aminoran considerablemente el número de pobres, pero no logran su extirpación radical, fin á que deben dirigirse los esfuerzos de los economistas. La colonización de tierras llenaría este fin, reportando además á la nación grandes beneficios. España, este rico país que tiene 16,000 leguas cuadradas de superficie, solo cuenta en cultivo unas 3,000, pues el resto está abandonado á la naturaleza, sirviendo únicamente en algunos puntos de asilo á las fieras y malhechores. ¿Por qué, pues, no se colonizan esas tierras? ¿Cuántos beneficios reportaría su cultivo!

El sabio rey Carlos III proyectó y fundó en España la primera colonización agrícola, cuyos magníficos resultados todos admiramos. En la carretera de Madrid á Andalucía, se encontraban grandes terrenos hasta de ocho leguas enteramente despoblados, causando graves males á los viajeros, que además de no encontrar habitaciones en su camino, se veían continuamente espuestos á los ataques de los bandidos, que protegidos por la naturaleza, se ocultaban entre las rocas y los inmensos bosques de Sierra Morena. Mas empezada la obra de colonización en estos parajes, vióse convertido en hermosos y productivos campos, el terreno antes ocupado por abrojos y malezas. Donde solo nacían jarales y plantas silvestres, comenzaron á crecer frondosos árboles, y los guijarros y matorrales que hacían de la tierra un árido desierto, fueron arrancados, brotando en su lugar ricos granos, sabrosas frutas y lozanas legumbres.

Los colonos, aumentando su capital con las rentas de la tierra, se convirtieron de miserables mendigos en modestos labradores; y las primitivas chozas que ocupaban fueron sustituidas por cómodas habitaciones, formándose poco á poco los pueblos de la Carolina, la Carlota, y Santa Elena.

Mas como para empezar la obra de colonización habían recibido del gobierno estos colonos cierta cantidad, justo era que pagasen al gobierno semejante beneficio; y en efecto, desde la fundación de las colonias, rendían los labradores un pequeño censo, fomentando así la riqueza nacional.

Tan buenos resultados dió la colonización de que hablamos, que desaparecieron muchos mendigos, aumentó la población de España, y como esta población era rica aumentó con ella la riqueza, y por último, purgala de malhechores con los nuevos pueblos la carretera de Andalucía, terminaron los robos y asesinatos de los viajeros que desde entonces pudieron caminar tranquilos y sin esposición alguna.

Si á imitación de estas colonias se fundaran en España otras varias hasta cultivar todas las tierras, veríamos desaparecer la horrible llaga del pauperismo.

El gobierno podía ofrecer á los pobres cierto número de fanegas de tierra, una yunta de bueyes, granos para la siembra del primer año, y los aperos necesarios para el cultivo. En establecimientos agrícolas destinados al efecto recibirían los nuevos colonos la precisa instrucción para labrar, y como indemnización á los favores recibidos, pagarían al gobierno un censo por ejemplo de un real por fanega.

Esta nueva renta que percibiera el Estado podría dedicarse á los establecimientos de be-

nificencia ó á la creación de grandes fábricas, donde hallaran segura colocación los obreros desocupados. Una parte de las ganancias en los géneros vendidos por dichas fábricas, correspondía necesariamente al gobierno, quien con este considerable aumento de riqueza nacional, podía disminuir las contribuciones por cuyo medio abarataban las subsistencias haciendo mas cómoda la vida de la clase pobre.

Entonces el obrero, seguro de un modesto porvenir, no vacilaría en casarse, pues que contaba con medios para mantener sus obligaciones sin temer á la pobreza. Aumentando el número de matrimonios aumentaba la población, y con ella la riqueza, mientras por otra parte disminuían los crímenes y la inmoralidad, hijos de la indigencia; el comercio crecería, reinando la vida y animación en España. Sus feraces campos ahora abandonados en su mayor parte, abundarían en toda clase de productos, cuyo exceso, despues de consumido lo necesario para el país, se exportarían á otras naciones; y desapareciendo casi por completo el pauperismo que corroe las sociedades, brillarían para España tranquilos días de gloria y felicidad.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

CARLOS I DE INGLATERRA.

Nació éste príncipe en el año de 1600: fue su padre Jacobo I, que tuvo la desgracia de ser siempre gobernado por sus favoritos, y que como dice Chateaubriand «murió temblando siempre entre la espada que le había amenazado en el vientre de su madre y la cuchilla que debía caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado no fue otra cosa que el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall, espacio oscuro en que desaparecieron Bacon y Shakespeare. Carlos subió al trono en 1625, imbuido en las ideas novelescas de Buckingham y en las máximas absolutas de su padre que dieron lugar á las terribles luchas políticas y á la libertad de opiniones. Amamantado en las ideas de Jacobo, Carlos I deseaba sostener á toda costa las prerogativas de la corona, para lo cual quiso imponer á sus súbditos una nueva liturgia y hacerse absoluto. Desde su advenimiento hasta la muerte de Buckingham convocó tres parlamentos, y al cuarto ó sea al que doce años despues llamó en favor suyo, se le reveló y levantó su ejército, obligando al monarca á hacerle la guerra, guerra que perdió en Nasely en 1646. Entregado mas tarde por los escoceses á cuyo país se había refugiado, fue condenado á muerte por el Parlamento, sucediéndole como protector de la república Oliverio Cromwell. Hé aquí la relación popular de su muerte hecha en Francia en el mismo año de aquel pavoroso acontecimiento.

«El día 29 de enero, á las diez de la mañana, el rey fue conducido desde San James á pie por el interior del patio, en medio de un regimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, procediéndole y siguiéndole algunos de sus gentiles-hombres con la cabeza descubierta; el señor Juxon, doctor en teología, y poco antes obispo de Londres, le seguía, y el coronel Thomlinson, encargado de la custodia de S. M., le hablaba con la cabeza también descubierta, desde el parque de San James al través de la galería de Whitehall hasta la cámara de su gabinete, donde acostumbraba dormir y hacer sus oraciones; habiendo llegado á la citada galería, se negó á comer, pues habiendo comulgado una hora antes, había bebido luego un vaso de vino y comido un poco de pan.

»Desde allí fue acompañado por el señor Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales encargados de seguirle, y por su guardia de corps, rodeado de mosqueteros, desde la sala del banquete inmediata al cadal-

so, que se alzaba cubierto de negro, con el hacha y el tajo en medio. Muchas compañías de caballería y de infantería estaban colocadas á entrambos lados del cadalso, y á su espalda se agolpaba el pueblo, deseoso de presenciar el espectáculo. Habiendo el rey subido al patíbulo, miró detenidamente el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si lo había mas alto; luego habló en los términos siguientes, dirigiendo particularmente sus palabras al coronel Thomlinson:

«Muy poco tengo que decir; por esto me dirijo á vos, y os diré que callaría muy gustoso á no temer que mi silencio diese á algunos motivos para creer que sufro la falta con tanta indiferencia como el castigo; pero creo que para sincerarme para con Dios y mi país debo justificarme como buen cristiano y buen rey, y finalmente como un hombre de bien.

«Empezaré hablando de mi inocencia, y en verdad no creo me sea necesario hablaros largo rato sobre el particular. Todo el mundo sabe que no he roto la guerra con las dos cámaras del Parlamento; y pongo por testigo á Dios, á quien pronto habré de dar estrecha cuenta, que nunca he intentado usurpar sus privilegios; por el contrario, ellos inauguraron la discordia, apoderándose de los arsenales; confiesan que me pertenecen, pero juzgan que ha sido necesario arrebatarlos; y para reasumir, diré que si alguno quiere confrontar las fechas de las diputaciones de sus diputados con las de los míos, verá con toda claridad que ellos han empezado estas fatales disensiones y no yo; así es que espero que Dios vengará mi inocencia... ¡No! ¡no quiero que esto acontezca! Tengo caridad, y no quiera Dios que yo impute la falta á las dos cámaras del Parlamento; no es necesaria la una ni la otra, y las juzgo exentas de todo crimen, porque creo que los malos ministros de su parte y de la mía, han sido los principales causantes de la sangre derramada. Bien examinado todo, así como yo me conceptúo libre de culpa, espero (y pido á Dios que así sea), que ellas lo estén igualmente. No obstante, no permita Dios que yo sea tan mal cristiano que no confiese que los juicios de Dios son justos contra mí, pues muchas veces castiga justamente por medio de una venganza injusta, como lo vemos con harta frecuencia. *Diré únicamente que una sentencia injusta que he permitido ejecutar (1), es castigada en este momento por otra, también injusta, dictada contra mí.* Lo que he dicho hasta aquí tiene por objeto demostraros mi inocencia.

«Ahora, para haceros ver que soy buen cristiano, ved aquí á un hombre justificado (*mostrando con el dedo al señor Juxon*), que dará testimonio de que he perdonado á todo el mundo, y en particular á los autores de mi muerte; Dios sabe quiénes son, y le ruego les perdone. Pero esto no basta: es preciso que mi caridad vaya mas lejos: deseo que se arrepientan, porque verdaderamente han cometido un enorme pecado en este caso. Pido á Dios con San Estéban que no reciban el castigo; y no solo esto, sino que puedan hallar el verdadero medio de restablecer la paz en el reino; porque la caridad me manda perdonar, no solo á los particulares, sino procurar, hasta mi último suspiro, consolidar la paz en el reino.

«Así, señores, lo deseo con toda mi alma, y espero que hay aquí algunos (2) que lo harán conocer á todo el país, para ayudar á esta pacificación.

«Ahora, señores, debo haceros ver que estais en un mal camino, y colocaros en otro mejor. En primer lugar, para probaros que os desviáis de la justicia, os diré que todo lo que habeis hecho ha sido, á mi parecer, por vía de conquista; ciertamente ésta es una pésima vía, porque una conquista, señores, nunca es justa si no se apoya en alguna buena y legítima causa, ya sea ésta algun agravio recibido, ya

(1) La sentencia de muerte del conde de *Strafford*.

(2) Volviéndose hácia algunos gentiles-hombres que anotaban lo que decía.



ANTIGÜEDADES.—Galeras, gallarzas y galeones.

algun indisputable derecho; y en tal caso, si os escedeis de esto, la primera contestacion que aventurais hace vuestra causa injusta al fin, aunque al principio no lo fuese; mas si solo es por conquista, cometéis un gran robo; recordad que un pirata acusó un día á Alejandro de ser un ladron en grande, siendo asi que él se daba por contento con ser un ladron en pequeño. De manera, señores, que el camino que ahora emprendéis me parece muy desahogado, y estad seguros de que para ponerlos en otro mas seguro, nunca hareis bien ni Dios os asistirá si no dais á Dios lo que es de Dios y al rey lo que es del rey (quiero decir á mis sucesores), y al pueblo lo que le pertenece. Yo amo al pueblo tanto como vosotros. Debeis dar á Dios lo que es de Dios, arreglando rectamente su Iglesia (según la Escritura), pues hoy está en gran desorden. No puedo decirlos detalladamente en este momento cual sea esa vía; os diré únicamente que seria oportuno reunir un sínodo nacional, donde todos pudiesen discutir con entera libertad, siendo admitidas las opiniones que pareciesen evidentemente buenas.

»Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioreis el hacha (1). Por lo que respecta al rey, las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo deciros que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre sí; y no obstante, hasta que hagais esto (quiero decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

»Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, según el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvie su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

»En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hu-

biera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimulareis este desaliño.

»He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adopteis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.»

»Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfacion del pueblo, aunque vuestra adhesion á la religion es harto notoria?»

—»Os doy gracias con todo mi corazon, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo: no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

»Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

»Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si sois servido, que no se me atormente mucho.»

»Como en aquel momento se acercase un gentil-hombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «¡Cuidado con el hacha! ¡cuidado con el hacha!»

»Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

»Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon, y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió los ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, repitió: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

—»Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallareis gran alegría y consuelo.»

—»Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

—»Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

»El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien

mis cabellos?» Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibido esta memoria.»

»Despojóse luego de su ropilla, y volviendo á colocar el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujetéis bien.»

—»Está bien sujeto.»

—»Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

—»No puede serlo mas, señor.»

—»Cuando estienda los brazos, entonces...

»Pronunció en pie y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrodillóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á co'ocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargar el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

—»Asi lo haré, si V. M. lo desea.»

»Después de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

MONUMENTOS DEL ASIA.

Sorprendente y magnífica es en verdad la vista que ofrece en Lucknow, la *Imanbara* ó catedral de aquel punto y la Puerta de Constantinopla. Estos son indudablemente los edificios mas suntuosos que posee á mas de las tumbas del difunto Nabad Saadut Alí y de la madre del rey, que hace algunos años mandaba. La *Imanbara* contiene una magnífica mezquita, un colegio donde se enseña la ley musulmana, habitaciones y una galería en el centro de la cual, bajo su brillante tabernáculo de plata, cristal y piedras preciosas, yacen los restos del fundador Asufud Dowlah. Ambos edificios, mejor que describirse, pueden verse en el adjunto grabado.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.

—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.